

IV

Archivo

Revisitar el pasado

Otro ámbito disciplinar es la revisión del quehacer arquitectónico de tiempos precedentes, aquel que todavía es —o puede ser— influyente en el pensamiento contemporáneo. Con esta sección, la *Revista A* propone una mirada temática bajo el filtro del tiempo. Ya sea a través de obras construidas, reflexiones o entrevistas, se aborda el tema específico de cada número de la revista, planteando una revisión analítica del pasado que permita el contrapunto y la comparación con el momento actual, panorama presentado en las otras secciones. Sin presentarse como una publicación de carácter histórico, la *Revista A* considera imprescindible la mirada a lo precedente y el uso de la memoria, ambas, herramientas analíticas para estructurar un discurso en el presente. Además del ejercicio proyectual, hacer arquitectura hoy implica también el conocimiento del pasado, tanto reciente como histórico.

Centros para la vida de la comunidad (1951)

José Luis Sert

Publicado en Ernesto N. Rogers, Josep Lluís Sert, Jaqueline Tyrwhitt (editores), *El corazón de la ciudad. Por una vida más humana de la comunidad* (CIAM, Hoddesdon, 1951), Barcelona: Hoepli, S. L., 1955. Originalmente en inglés: *CIAM 8. The Heart of the City: Towards the Humanisation of Urban Life*, Londres: Lund Humphries, 1952.

“Porque, en efecto, la definición más certera de urbe y polis se parece mucho a la que irónicamente se da del cañón: toma usted un agujero, lo rodea de alambre muy apretado, y eso es un cañón. Así, la urbe o polis empieza siendo un hueco: el foro, el ágora; y todo lo demás son pretextos para asegurar ese hueco, para delimitar su contorno. La polis no es solo un conjunto de casas habitables, sino un lugar de encuentro para los ciudadanos, un espacio acotado para funciones públicas. La urbe no está construida, como la cabaña o el domus, para cobijarse de la intemperie y propagar la especie, que son menesteres privados y familiares, sino para discutir sobre la cosa pública. Esto significa nada menos que la invención de una nueva clase de espacio, mucho más innovador que el espacio de Einstein.

Hasta entonces solo existía un espacio: el campo, y en él se vivía, con todas las consecuencias que implica para la existencia del hombre. El hombre del campo todavía es una especie de vegetal. Su existencia, todo lo que piensa, siente y quiere, conserva la somnolencia inconsciente en que vive la planta. En este sentido, las grandes civilizaciones asiáticas y africanas fueron grandes vegetaciones antropomorfas. Pero el mundo grecorromano decide separarse del campo, de la Naturaleza, del cosmos geobotánico. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede el hombre abandonar el campo? ¿A dónde irá, si toda la tierra es un campo inmenso e ilimitado? Muy sencillo: delimitando un trozo de campo mediante unos muros que opongan el espacio acotado y finito al espacio amorfo y sin fin. He aquí la plaza. No es un “interior” cerrado por arriba, como la casa o las cuevas que hay en el campo, sino que es pum y simplemente la negación del campo. La plaza, gracias a los muros que la delimitan, es una porción de campo que se vuelve de espaldas al resto, que prescinde del resto y se opone a él.

Este campo menos rebelde, que se aísla del campo infinito y se reserva a sí mismo frente a él, es un espacio sui generis, novísimo, donde el hombre se libera de la comunión con el mundo vegetal y animal, los deja fuera y crea un ámbito aparte, puramente humano. Es el espacio civil”¹

Después del Congreso de Fráncfort de 1929, los CIAM reconocieron que el estudio de los problemas de la arquitectura moderna estaba ligado a los problemas del urbanismo y que no era posible trazar una línea clara de separación entre unos y otros. Desde entonces, en todas sus reuniones, los Congresos Internacionales se han ocupado tanto de la arquitectura como del urbanismo. Nuestros estudios sobre la vivienda nos han llevado a considerar los usos del suelo, los servicios colectivos y la circulación (Congreso de Bruselas de 1931), y como consecuencia natural, el análisis de la ciudad en su conjunto. Como resultado de este análisis, en 1933 se formuló en Atenas la Carta Urbanística. Desde entonces, la labor de los CIAM ha consistido en desarrollar y aplicar los principios formulados en aquel documento.

El estudio de nuevos sectores residenciales donde las viviendas, servicios comunes y lugares de esparcimiento se integraran en un solo proyecto constituyó el tema principal del Congreso de París de 1937. En 1947, después de la II Guerra Mundial, cuando los miembros y grupos de los CIAM pudieron reunirse de nuevo en Bridgwater, el Congreso reconoció que *la arquitectura y el urbanismo estaban más vinculados que nunca*, en un momento en que muchos arquitectos se veían enfrentados a los problemas de la reconstrucción y del desarrollo de nuevas regiones que exigían la creación de nuevos núcleos urbanos.

Al final de la guerra los arquitectos de los CIAM realizan importantes trabajos de reconstrucción. Muchos grupos jóvenes siguen las directrices de los CIAM en países lejanos y el Congreso ha dejado de ser una organización exclusivamente occidental y centroeuropea, ya que muchos de sus miembros, viejos y jóvenes, se hallan ahora dispersos en distintos continentes. Esta situación impulsa a los CIAM a ampliar su campo de acción y, paralelamente, la perspectiva que tenía de él. Muchos de los problemas tratados por los CIAM en los años anteriores a

la guerra eran más europeos que universales; se referían a países con un nivel de vida relativamente alto, a regiones superpobladas y a viejas ciudades con más pasado que futuro. No se había tenido en cuenta que las cuatro quintas partes de la población mundial tenían otros problemas.

Además, con los cambios revolucionarios de estos últimos años, han surgido países nuevos, y los nuevos medios de comunicación han unido regiones hasta ahora subdesarrolladas con las zonas más avanzadas del mundo. Los pueblos de Asia, América del Sur y África empiezan a despertar, y al mismo tiempo, se desarrollan rápidamente nuevos medios de producción. Estos hechos ejercen una enorme influencia en el ámbito del planeamiento territorial y urbano, así como en la arquitectura. Por otra parte, cada vez se reconoce más la necesidad de integrar y coordinar todas las actividades urbanísticas, a fin de evitar y detener el crecimiento caótico de las ciudades.

Los recientes cambios políticos, científicos y tecnológicos hacen imprevisible el futuro, pero como urbanistas y arquitectos, debemos enfrentarnos con la realidad concreta de la vida y hacer todo lo que podamos con los medios cambiantes que tenemos a nuestro alcance. Debemos trabajar para el mundo en que vivimos, con todos sus defectos, dudas y limitaciones, sin que eso nos impida imaginar un mundo mejor y orientar nuestro trabajo en esa dirección. El planeamiento debe ser flexible y facilitar cualquier cambio futuro que pueda ser beneficioso, a fin de que las ciudades de hoy puedan transformarse con normalidad en las ciudades de mañana.

La necesidad de un Centro Cívico

El estudio del núcleo de la ciudad, y en general, de los centros de vida colectiva, resulta hoy oportuno y necesario. Nuestros estudios demuestran la degradación de unos centros urbanos caducos y estériles, y que lo que un día constituyó el núcleo de las viejas ciudades —su corazón—, está sometido a un proceso de desintegración. Con la expansión sin precedentes de la periferia en los últimos cien años (consecuencia natural de los nuevos medios de transporte, del desarrollo industrial y la especulación del suelo), los barrios periféricos han crecido más que la propia ciudad, y en algunos países, la población se ha convertido masivamente en “suburbana”.

Muchos urbanistas se han dejado llevar por esta tendencia general, dedicando todos sus estudios a los barrios periféricos, de tal modo que la descentralización se ha convertido en una palabra mágica, una especie de panacea universal.

La ciudad jardín es el tópico preferido, y los sucesores de los que edificaron los rascacielos se avergüenzan de su obra e ignoran los verdaderos problemas de la ciudad. Mientras tanto, la ciudad se disgrega y se reduce a un lugar de trabajo y sufrimiento... un lugar donde hay que ir, pero que todos desean abandonar lo antes posible.

Al mismo tiempo que la vida ha ido abandonando los antiguos centros, zonas comerciales y de negocios han ido desarrollándose espontáneamente a lo largo de las nuevas avenidas. Pero rápidamente, a medida que la infección se extiende desde el centro de la ciudad esas vías se congestionan y se van degradando. Este proceso de descentralización continua y descontrolada, y la consiguiente especulación del terreno, constituye una auténtica amenaza para nuestras ciudades y para la estabilidad de los valores cívicos, favoreciendo tan solo los intereses de unos pocos frente a los intereses generales. Este camino solo puede conducir a la bancarrota municipal, y conviene atajarlo. Para acabar con el desordenado proceso de descentralización es preciso crear una corriente contraria, es decir, lo que podríamos llamar un proceso de *recentralización*.

Este proyecto exige la creación de nuevos centros, de nuevos núcleos que sustituyan a los que ha destruido el crecimiento caótico. Este libro se propone estudiar las características que deben reunir estos nuevos centros. Hasta ahora no se habían definido claramente, y como esta definición nos parece necesaria, hemos elegido este tema para el VIII Congreso de los CIAM. Otra de las razones de esta elección ha sido que, después de la guerra, la mayoría de nuestros

miembros y grupos en particular, y el colectivo de arquitectos y urbanistas en general, han tenido que enfrentarse a la replanificación del centro de las ciudades bombardeadas, y en seguida han visto que *estas zonas requieren un tratamiento especial, del que nunca se habían ocupado hasta ahora los estudios urbanísticos.*

La planificación de estos centros de vida colectiva es básicamente un problema social, que vincula estrechamente el proyecto arquitectónico y el urbanístico. Estos Congresos Internacionales han estudiado la integración del urbanismo y la arquitectura desde principios de los años treinta, y por esta razón están especialmente bien preparados a la hora de proponer programas y soluciones definitivas para los nuevos núcleos de las ciudades.

Evidentemente, no es un asunto fácil que solo requiera definición, sino que exige también un cuidadoso análisis y clarificación de conceptos, una tarea que se ha propuesto realizar el VIII Congreso.

Nuestros congresos han tenido en cuenta un punto de vista mucho más humano del urbanismo moderno que otras asociaciones profesionales. En las revistas de divulgación científica, hemos visto demasiadas descripciones de la vida en las ciudades del mañana, donde la radio y la televisión en cada hogar, y el helicóptero en cada patio convertirían la dispersión en un estilo de vida ideal. La radio, el cine, la televisión y la información impresa están absorbiendo hoy todo el ámbito de la comunicación. Cuando estos elementos están controlados por unos pocos, la influencia de estos pocos sobre la mayoría puede convertirse en una amenaza para nuestra libertad. Las condiciones actuales de nuestras ciudades tienden a agravar esta situación, porque la ampliación excesiva, la congestión del tráfico y la dispersión han separado al hombre del hombre, estableciendo barreras artificiales.

Sin dejar de reconocer las enormes ventajas y las grandes posibilidades de estos nuevos medios de telecomunicación, seguimos creyendo que los lugares de reunión pública, tales como plazas, paseos, cafés, clubs sociales, etc., donde la gente pueda encontrarse libremente, estrecharse la mano y elegir el tema de conversación a su gusto, no son cosas del pasado. Adaptados a las exigencias de hoy, deben tener un lugar en nuestras ciudades.

En el pasado, muchas ciudades tenían formas y estructuras definidas, y estaban construidas en torno a un núcleo central, que a menudo era el factor determinante de aquellas formas. Eran las ciudades las que hacían los núcleos, pero estos a su vez hacían de la ciudad una verdadera ciudad “y no simplemente una agregación de individuos. El centro físico o corazón, que aquí llamamos núcleo, es el elemento esencial de todo verdadero organismo”.

“Porque una colectividad humana es un organismo, y un organismo consciente. No solo los miembros dependen unos de otros, sino que cada uno de ellos conoce su dependencia. Este conocimiento, o sentido de la colectividad se expresa con distintos grados de intensidad según el nivel que la colectividad ocupa en el ordenamiento social. Es muy fuerte, por ejemplo, en el nivel más bajo, el de la familia; y vuelve a resurgir con gran intensidad en otros cinco grados superiores: en la aldea o la agrupación residencial primaria, en el municipio rural o el barrio residencial, en la pequeña ciudad de provincias o el barrio de la ciudad, en la ciudad misma, y en la metrópoli o ciudad múltiple. En cada uno de estos niveles es necesaria la creación de un especial ambiente físico donde el sentido de la comunidad pueda manifestarse de un modo concreto. Ese es el corazón físico de la colectividad, su centro, su núcleo”²

Si queremos dar a nuestras ciudades una forma definida, debemos clasificarlas y subdividir las en sectores, estableciendo centros o núcleos para cada uno de ellos. Estos núcleos actuarán como elementos catalizadores y alrededor de los mismos se desarrollará la vida de la colectividad.



Rockefeller Plaza, Nueva York. Nueva York no dispone de un lugar apropiado para manifestaciones colectivas. Cualquier pequeño espacio abierto se convierte en centro de reunión. Un pozo en medio de edificios altísimos siempre es mejor que nada, y la gente se reúne ahí para ver florecer las plantas o para contemplar cómo otros patinan y se divierten.

.....

En ellos se agruparán los edificios públicos de distintas clases, siguiendo una armonía formal y espacial; serán los puntos de reunión de la gente, los centros de vida colectiva donde los peatones tendrán preferencia sobre los intereses del tráfico y los negocios. Sus dimensiones se planificarán según las actividades que hayan de desarrollar, pero los factores que determinarán su forma definitiva serán unas distancias que puedan recorrerse fácilmente a pie, además del ángulo de visión y el bienestar del hombre en general. Serán todo lo contrario de lo que es hoy “la calle mayor”, donde los intereses comerciales tienen primacía sobre todo lo demás.

La función social de los nuevos centros o núcleos comunitarios consiste fundamentalmente en unir a la gente y facilitar los contactos directos y el intercambio de ideas que estimulen la libre discusión.

Hoy día, en nuestras ciudades, la gente se reúne en las fábricas y en las calles transitadas, en condiciones muy poco favorables al intercambio de ideas. Los centros de reunión de la colectividad, debidamente organizados, proporcionarán un marco donde se desarrolle una nueva vida social y un saludable espíritu cívico. Las más diversas actividades humanas, espontáneas u organizadas, encontrarán su lugar adecuado en esos centros comunes, y los ciudadanos tendrán ocasión de conocer gente de otros lugares, ya que esos centros también estarán abiertos a los extranjeros, que podrán encontrarse allí para disfrutar de todo lo que la comunidad pueda ofrecerles en materia de diversiones, espectáculos, información cultural y otras oportunidades generales de reunión. Estas personas podrán así descubrir nuevos valores humanos entre los ciudadanos y tendrán ocasión de mantener contactos sociales de los que hoy carecen. El planeamiento de estos nuevos centros y la forma de sus edificios tendrán en cuenta esta función social.

No estamos hablando de cosas completamente nuevas, ya que tales centros existieron tiempo atrás en nuestras ciudades, y en ellos se moldeó nuestra civilización. La libertad de pensamiento no se fraguó en las regiones rurales, ni tampoco es producto de la prensa, la radio o la televisión; debe mucho más a la mesa del café que a la escuela, y aunque en su formación colaborasen otros factores, se difundió sobre todo mediante la palabra y tuvo su origen en los lugares donde la gente tenía posibilidad de encontrarse. A través de los siglos, las personas se han reunido en parques públicos, mercados, paseos y plazas.

Modernamente, las estaciones de ferrocarril, las paradas de autobús e incluso los aeropuertos se han convertido también en lugares de reunión. La gente va allí para ver y ser vista, para encontrarse con amigos y enamorados, para conocer gente, para discutir de política y de deportes, para hablar de sus vidas, amores y aventuras, o para comentar las de los demás...

Estos centros de reunión, aunque inadecuados, existen en las grandes ciudades. Ejemplos conocidos son: Trafalgar Square, Piccadilly Circus y Marble Arch en Londres, los cafés de los bulevares de París, las Galerías Vittorio Emanuele en Milán, la Canebière de Marsella, la Plaza Colonna en Roma, Times Square en Nueva York, la Rambla de Barcelona, la Avenida de Mayo de Buenos Aires, todas las "Plazas de Armas" de las ciudades de América Latina, etc. Estos lugares se mantienen vivos gracias a la gente, que los sigue utilizando en ocasiones especiales, y son la prueba de que en toda comunidad, grande o pequeña, existe la necesidad de reunirse.

El VIII CIAM estableció cinco niveles de análisis del núcleo o centro cívico que se detallan a continuación:

1. La aldea (rural) o la agrupación residencial primaria (urbana), que representan la mínima unidad social satisfactoria.
2. La población con mercado (rural) o el barrio residencial (urbano), donde los habitantes se conocen todavía unos a otros y pueden ser socialmente autosuficientes.
3. La pequeña ciudad de provincias (rural) o el distrito ciudadano (urbano), donde ya existe un cierto grado de anonimato y que pueden ser económicamente autosuficientes.
4. La ciudad o población importante, que comprende varios distritos.
5. La metrópoli o centro internacional de varios millones de habitantes.

En la actualidad, disponemos de medios revolucionarios para enriquecer estos nuevos núcleos cívicos. El cine, los altavoces y las pantallas de televisión han irrumpido en las plazas públicas, en los cafés y otros lugares de reunión. Es mucho lo que puede hacerse para popularizar estos nuevos medios de información que, puestos al servicio de la educación popular, podrían ofrecer resultados inconmensurables.

En esos espacios, la educación visual puede ser un factor educativo, formativo; el conocimiento de las nuevas técnicas estimulará capacidades de trabajo hasta ahora ignoradas; las nuevas máquinas suscitarán el interés hacia nuevas actividades. La música y las obras literarias retransmitidas por radio pondrán a sus autores en contacto directo con el público.

Las obras pictóricas y escultóricas podrán formar parte de una exposición permanente y cambiante, e incluso podrán utilizarse monitores de televisión, que ofrecen todo un mundo que descubrir y mostrar.

Los inventores y artistas de nuestra época podrán participar en la vida de la colectividad, en esos lugares de reunión cotidiana, y ayudarán a poner en contacto los países más remotos (las imágenes visuales no tienen barreras como el lenguaje), de modo que las montañas y los océanos dejarán de ser obstáculos infranqueables. Estos centros de vida colectiva ya no serán, pues, solo lugares de reunión para la población local, sino también anfiteatros desde donde se podrá contemplar el mundo entero.

El trabajo del arquitecto-urbanista

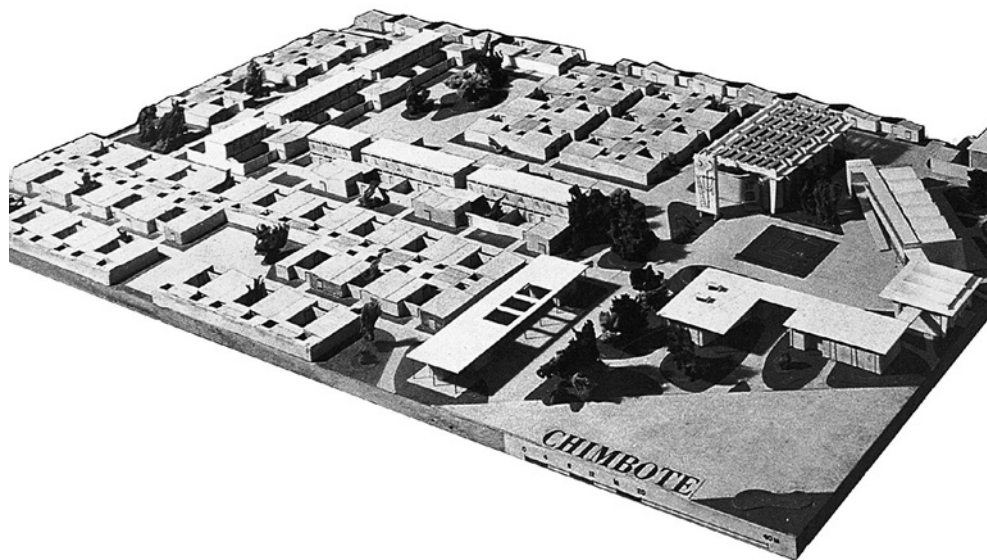
El arquitecto-urbanista solo puede ayudar a construir el marco o contenedor en el que se desenvuelva esta vida comunitaria o colectiva. Somos conscientes de que la comunicación directa entre los miembros de la comunidad es necesaria para configurar la cultura cívica, actualmente obstaculizada por las caóticas condiciones de vida de nuestras ciudades. Sin embargo, el carácter y condiciones de esta vida cívica consciente no dependen exclusivamente de la existencia de un marco favorable, sino que están ligados a la estructura política, social y económica de cada comunidad. Si esta estructura política, social y económica permite un intercambio de ideas libres y democráticas que conduzca al gobierno de la mayoría, nuestros centros cívicos servirán para consolidar este gobierno democrático. En cambio, la carencia de estos centros y el hecho de que los ciudadanos dependan de fuentes de información controladas, les hace más fácilmente gobernables por la voluntad de unos pocos.

La creación de estos centros es tarea del gobierno (nacional, regional o municipal). Su existencia no puede dejarse en manos de la especulación privada, porque son necesarios para la ciudad e incluso para todo el país. Por tanto, deben ser financiados con recursos públicos.

Cuando se proyecta una ciudad, primero hay que subdividir el territorio en distintas zonas según el uso que se les quiera dar —industrial, comercial, residencial, etc.—, de forma que la estructura general resultante sea orgánica, completamente opuesta a la estructura informe de las ciudades actuales. Cada uno de estos sectores o partes de la ciudad necesita su propio centro o núcleo. El sistema, en su conjunto, será una *red o constelación de centros de la comunidad*, clasificados de menor a mayor.

El centro principal será la expresión de la ciudad o de la metrópoli en su conjunto, es decir, el núcleo, el *corazón de la ciudad*. Uno de los principales requisitos que deben cumplir estos centros de vida colectiva es la separación entre peatones y automóviles. Los medios de transporte motorizados deben alcanzar al perímetro de estas zonas, donde dispondrán de lugares de aparcamiento adecuados, pero el recinto interior de ese perímetro debe destinarse exclusivamente a los peatones, y protegerse adecuadamente del ruido y las emanaciones de humo de los motores. En estos centros tiene que haber árboles, plantas, agua, sol y sombra, y todos los elementos naturales agradables al hombre. Estos elementos de la naturaleza deben armonizar con los edificios, las formas arquitectónicas, los valores plásticos y el color. El paisaje debe jugar un papel predominante. El conjunto debe organizarse de forma que resulte agradable al hombre y estimule lo más noble de su naturaleza. Todos los elementos que los centros comerciales y de negocios han desterrado de la ciudad en su despiadada carrera especulativa deben restituirse en estos centros de vida colectiva. La armonía de estos centros solo será posible cuando todas las partes estén sujetas al conjunto, y hay que reconocer que nadie se beneficia realmente del individualismo llevado al extremo. Las zonas comerciales de nuestras ciudades expresan esa tendencia generalizada al individualismo, y ante esta situación, no es posible encontrar una solución arquitectónica de conjunto sin imponer ciertas reglas generales. Si en el núcleo de la ciudad tiene que haber libre competencia, tendrá que estar sujeta a un marco arquitectónico unificado.

En los centros de vida colectivos, los peatones estarán protegidos de las temperaturas extremas. Es curioso observar cómo las ciudades modernas han ignorado este factor tan importante. Las calles cubiertas, los pórticos, los patios, etc. —elementos frecuentes en las ciudades del pasado—, han desaparecido de nuestros pueblos y ciudades, donde parece que todo el mundo tenga que utilizar el coche o el autobús para el menor desplazamiento. Aun así, resulta esperanzador que en algunos centros comerciales construidos recientemente en Estados Unidos se haya dado algún paso en la dirección correcta, intentando proteger la circulación peatonal del tráfico y la lluvia, y creando zonas con vegetación en espacios comerciales abiertos al público.



Una de las primeras versiones de un centro colectivo para la ciudad de Chimbote, en Perú (P.L. Wiener, J.L. Sert y la Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo). Como las ciudades coloniales marítimas tradicionales, el núcleo de Chimbote se abre al frente marítimo. La nueva plaza ofrecerá una vista de la bahía y acceso directo desde la playa. La plaza contendrá un edificio administrativo, una biblioteca pública y un museo, un hotel, un centro turístico y una iglesia con campanario. Los espacios de aparcamiento estarán situados en la periferia y solo los peatones tendrán acceso al núcleo. El centro de esta ciudad de 40.000 habitantes cubre una superficie aproximada de seis hectáreas.

Resulta difícil ofrecer programas generales para estos núcleos, ya que su escala y dimensiones variarán mucho de una aldea a un distrito urbano, de una ciudad a una metrópoli. Además, el clima, las costumbres locales, el nivel de vida y los medios económicos influirán y ayudarán en cada caso a definir y configurar los distintos tipos de centro. Sin embargo, en general, podemos afirmar que todos estos núcleos colectivos tendrán espacios abiertos para el público, como plazas y paseos. La tendencia general consistirá en recuperar las plazas públicas y crear zonas peatonales. Los bulevares y las calles con aceras, comunes para el tráfico y los peatones, tan características de nuestras actuales ciudades, resultan inadecuadas. Las avenidas destinadas al tráfico deben reservarse exclusivamente para esa finalidad. El planeamiento de los centros de la comunidad debe expresar claramente esta separación entre peatones y automóviles, implicando dos escalas proyectuales distintas, como podrá verse en los ejemplos que ilustran la segunda parte de este libro.

La diferencia de escala también se expresará en las diferencias de altura de los edificios. Muchos de ellos tendrán dos o tres plantas, con escaleras, y cubrirán grandes extensiones de terreno. Estos edificios bajos ofrecerán servicios facilitando los desplazamientos cotidianos de los peatones. También habrá edificios altos, que implicarán el uso del ascensor. Todas las alturas intermedias pueden omitirse. Este contraste entre alto y bajo, entre torres y patios, entre espacios abiertos y cerrados, darán variedad y animación a los centros de vida colectiva. Las relaciones entre espacio y forma de esos grupos de edificios y los espacios abiertos para uso público constituyen en la actualidad un tema interesante para el arquitecto-urbanista. Estas formas expresarán nuestra cultura, nuestros conocimientos técnicos y, por encima de todo, expresarán un nuevo sistema de vida.

Edificios administrativos, museos, bibliotecas públicas, teatros, salas de concierto, centros recreativos, zonas deportivas y comerciales, parques, paseos y plazas, centros turísticos, hoteles, salas de exposición y de conferencias, etc., son elementos que deben formar parte de estos centros de la comunidad. Los ejemplos de diversos tipos de núcleo que ofrecemos en este libro pueden servir para aclarar los conceptos que hemos dejado expuestos. De entre los muchos proyectos presentados por los grupos de los CIAM al VII Congreso, hemos seleccionado los más adecuados para ilustrar los diversos tipos de núcleo.

La presentación de dichos proyectos fue unificada y adaptada al sistema de retícula ideada por el grupo ASCORAL y modificada por el grupo MARS para esta finalidad determinada.

La Arquitectura, la pintura y la escultura en el núcleo comunitario

A los CIAM no les interesa exclusivamente el estudio del núcleo como elemento urbanístico, sino que también considera importante esta labor de exploración, porque abre un nuevo campo a la arquitectura contemporánea. Los aspectos funcionales de la arquitectura contemporánea son valorados por gran número de personas, y se han ido aceptando para toda clase de edificios de carácter utilitario, tales como viviendas sociales, hospitales, escuelas, fábricas, etc. Pero estas mismas personas no imaginan aún las posibilidades de esta arquitectura aplicada a grupos de edificios públicos, sobre todo porque no existen ejemplos. Por otra parte, la mayoría de los arquitectos contemporáneos son conscientes de que ya se ha acabado la época de la arquitectura racionalista de los años veinte y su tendencia a eliminar todo lo superfluo, una arquitectura cuya única preocupación consistía en expresar la función. Hoy se tiende decididamente hacia una mayor libertad plástica, hacia un vocabulario arquitectónico más completo. Por muy maravillosa que pueda resultar la estructura, ¿hay que olvidar la carne y la piel que recubren el esqueleto? La necesidad de lo superfluo es tan antigua como la humanidad. Ya es hora de reconocer abiertamente este hecho y poner fin a aquellas actitudes engañosas que intentan encontrar una justificación funcional a elementos que, según las rígidas normas arquitectónicas de los años veinte, serían francamente superfluos.

Esto no significa que los edificios no deban ser funcionales; deben serlo, como siempre hemos afirmado. Los elementos que se incorporen para lograr una mayor expresión arquitectónica, una mayor riqueza plástica o una mayor calidad escultórica no deben obstaculizar la funcionalidad. Tampoco los elementos que proporcionan expresividad deben apropiarse de los estilos del pasado. Los mejores pintores y escultores de nuestra época han encontrado nuevos medios de expresión, y nos han mostrado el camino hacia una arquitectura más completa, donde el color, la textura y los valores escultóricos pueden jugar un papel relevante. La arquitectura contemporánea se ha separado demasiado de las demás artes en estos últimos años, pese a que les debe gran parte de su inspiración inicial.

Por otra parte, son muchos los arquitectos modernos que experimentan la necesidad de colaborar estrechamente con pintores y escultores, como ocurría en los períodos de grandeza arquitectónica del pasado. *El acercamiento entre las artes plásticas enriquecerá el lenguaje arquitectónico, y esta colaboración ayudará a la arquitectura a desarrollar los valores plásticos y la calidad escultórica.*

Al estudiar los problemas relativos al planeamiento y reestructuración de ciudades, se hace evidente que la ordenación de los grupos de edificios públicos y de los espacios abiertos adyacentes requiere la colaboración entre todas las artes para alcanzar una expresión plástica más rica. Al idear los centros de vida colectiva de una ciudad, el arquitecto-urbanista se enfrenta a un *proyecto cívico* que asocia el urbanismo a la arquitectura. La vida colectiva modelará los núcleos del pueblo, del barrio o sector de la ciudad, de la ciudad misma. La historia nos demuestra que es precisamente en estos espacios de reunión pública —el ágora, el foro, la plaza de la catedral— donde se ha alcanzado con éxito la integración de las artes.

Hay que reiterar aquí que eso no implica que la reunión de las artes tenga que copiar ejemplos antiguos. Actualmente contamos con medios que eran completamente desconocidos en el pasado. La iluminación y los elementos móviles y *light* pueden hoy tener una gran importancia. Los centros de la vida colectiva podrán experimentar una continua transformación. Muchos de nuestros mejores artistas todavía piensan en términos de pintura mural y escultura monumental perdurable y eterna, pero la publicidad comercial ha desarrollado nuevas técnicas que podrían producir obras magníficas si los artistas menos convencionales las utilizaran con fines no comerciales. En nuestras ciudades, el estímulo visual está controlado por la publicidad comercial, que está en contacto con la gente. Las obras de los grandes artistas modernos no se exhiben en los lugares de reunión pública y solo una minoría selecta tiene acceso a ellas. Los mejores artistas viven apartados del público; sus obras van del estudio a las casas de ricos coleccionistas particulares o a las gélidas salas de los museos. Allí son catalogadas y pasan a la historia; se unen al pasado antes de encontrarse con el presente. Este proceso antinatural no conduce a ninguna parte. La pintura y la escultura deben llevarse a los centros vitales de nuestra comunidad, al corazón de la ciudad, para que susciten el interés visual de la gente, para educarles y darles placer, para ser sometidas a su juicio.

El urbanismo, la arquitectura, la pintura y la escultura pueden combinarse de maneras muy diversas, pero pueden incluirse en tres categorías principales: la integral, la aplicada y la conexas. El hecho de aplicar una u otra categoría según los casos dependerá sobre todo del carácter y función de los edificios, como también de los artistas y de la naturaleza de sus obras. La colaboración integral está vinculada a la concepción del edificio, donde el propio arquitecto actúa a veces como escultor y pintor, o bien en estrecha colaboración con esos artistas. Su trabajo es inseparable y la colaboración debe establecerse como una labor de equipo, desde el principio hasta el fin. Podemos encontrar ejemplos de edificios que constituyen una unidad escultórico-arquitectónica en ciertos templos de la India, en algunas catedrales góticas y románicas, en algunas obras de Miguel Ángel, Borromini, Bernini, Churriguera y Gaudí. En esas obras es difícil trazar una línea de separación entre arquitectura y escultura.³

En el caso más habitual de colaboración aplicada, el edificio se concibe en primer lugar. Su expresión se intensificará mediante la cooperación del pintor y del escultor, pero el carácter de su obra y el espacio que se le destine es determinado generalmente por el arquitecto. El escultor o el pintor solo participan en una parte del edificio; pero para que su obra se integre mejor con la del arquitecto, cada uno de ellos debe familiarizarse con la obra del otro y congeniar con ella. En la mayor parte de los casos en que esta combinación ha dado buenos resultados, el éxito se ha debido a la estrecha compenetración o la amistad entre arquitecto, pintor y escultor.

Finalmente, la arquitectura, la pintura y la escultura pueden estar simplemente relacionadas entre sí, sin que haya habido un trabajo de equipo. Los mejores ejemplos de este tipo pertenecen al ámbito del urbanismo. Nos referimos a los grupos de construcciones, generalmente edificios públicos, en los que se ha establecido una cierta relación entre el espacio abierto y el espacio edificado. La escultura y la pintura pueden intervenir enriqueciendo estos grupos, y como resultado de una asociación de valores, el conjunto tiene más fuerza que las partes separadas. Como en una orquesta, cada instrumento interpreta su parte, pero lo que cuenta es el efecto de conjunto. Los grandes ejemplos del pasado son bien conocidos. Entre ellos destaca la Acrópolis de Atenas, donde incluso el paisaje forma parte del conjunto y se incorpora, como las esculturas exentas, a los edificios y las relaciones espaciales. En un sentido distinto, pero al mismo tiempo similar, encontramos los ejemplos de Pisa, Florencia, Venecia, Versalles, etc. ¿Por qué no podrá nuestro mundo moderno ofrecer ejemplos parecidos? Una vez se hayan establecido los núcleos de las comunidades modernas, tendremos a nuestro alcance el lugar físico de estos

experimentos, y los medios con que contamos para hacerlo son muy superiores que en el pasado. Una gran sinfonía no es tarea fácil... nunca lo ha sido.

Este libro constituye el primer intento de estudiar a fondo el proyecto de los núcleos de nuestras ciudades, y ofrece una serie de ideas nuevas y opiniones de prestigiosos arquitectos, urbanistas y artistas de muy diversos países. También presenta, con un criterio unificado, algunos ejemplos de los trabajos realizados por diversos grupos de los CIAM sobre el tema del centro colectivo, y concluye con unos extractos de las resoluciones del VIII Congreso. Ninguna de estas resoluciones pretende ser definitiva, ya que esta difícil materia requerirá más investigación y estudio.

Notas

1. Ortega y Gasset, José. *La rebelión de las masas*. Libro VI.
2. Del programa del grupo MARS para el VIII CIAM.
3. Véase Giedion, Sigfried. *Espacio, tiempo y arquitectura*. Barcelona, 1955 (sobre Borromini).